

Recordar para no repetir

Isabel de Armas

Al ir a cumplirse los cincuenta años del comienzo de la guerra civil española, la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal publicó una Instrucción Pastoral, en la que decía: «No sería bueno que la guerra civil se convirtiera en un asunto del que no se pueda hablar con libertad y objetividad. Los españoles necesitamos saber con serenidad lo que verdaderamente ocurrió en aquellos años de amargo recuerdo. Los estudiosos de la historia y de la sociedad tienen que ayudarnos a conocer la verdad entera acerca de los precedentes, las causas, los contenidos y las consecuencias de aquel enfrentamiento. Este conocimiento de la realidad es condición indispensable para que podamos superarla de verdad».

Persecución religiosa y Guerra Civil estudia e investiga una de las páginas más negras de la violencia vivida en nuestro país y arroja una impresionante cantidad de datos sobre el acoso, la persecución y el asesinato de aquellos que eran tenidos por enemigos de la República. El autor, José Francisco Guijarro, sacerdote de la Archidiócesis de Madrid, viene elaborando desde hace años los antecedentes históricos que permitan llegar, en su día, a la canonización de los que se pueda demostrar que murieron verdaderamente como mártires, y su estudio alcanza los 1.250 casos.

Guijarro afirma que la finalidad de su trabajo consiste en «aclarar la verdad histórica del heroísmo cristiano de quienes murieron

José Francisco Guijarro, *Persecución religiosa y Guerra Civil. La Iglesia en Madrid, 1936-1939*, La Esfera de los Libros, Madrid 2006, 695 pp.

María Antonia Iglesias, *Maestros de la República. Los otros santos, los otros mártires*, La Esfera de los Libros, Madrid 2006, 433 pp.

como verdaderos mártires durante la persecución de aquellos años, a la vez tristes y heroicos». «Buscamos tan sólo –añade– hacerles justicia a las víctimas, mediante el reconocimiento de su heroicidad en la muerte y el martirio».

El pasado diciembre de 2006, Benedicto XVI dispuso la elevación a los altares de otros 69 mártires. Con los decretos entonces aprobados, el número de mártires de la persecución religiosa española de 1934 y 1936-1939 asciende a 548 beatos y 11 santos ya canonizados. A las causas promovidas por las diócesis se unen otras iniciadas por las respectivas familias religiosas, siguiendo el deseo del anterior papa Juan Pablo II de documentar en la medida de lo posible el llamado «siglo de los mártires», pues el siglo XX –debido a las persecuciones en Rusia, México, España y muchos países comunistas– sumó un número de mártires superior al de todos los siglos anteriores en la historia del cristianismo.

El autor divide las casi setecientas páginas de su intenso trabajo en cuatro partes básicas. En la primera, titulada *Antecedentes políticos*, realiza un interesante estudio de los textos recogidos en el *Diario de Sesiones* de las intervenciones de los políticos católicos, de una u otra orientación, con el fin de demostrar la falsedad histórica de que la Iglesia y los católicos se hubieran opuesto en bloque en contra de la República en sí misma, y que todos los católicos estuvieran promoviendo la restauración de la Monarquía y el regreso de Alfonso XIII. Guijarro también destaca que en el proyecto de Constitución de la República, a la hora de tratar el problema religioso, se consideró a la Iglesia católica como el enemigo que era preciso abatir.

La segunda parte está dedicada a la postura de la Iglesia frente a la persecución y el alzamiento militar: las primeras intervenciones del cardenal Goma, las primeras gestiones diplomáticas del Gobierno de Burgos ante la Santa Sede, del alzamiento a la cruzada y la carta colectiva del episcopado español... En este último punto, el autor apunta que «el alzamiento –que no fue concebido originariamente como una cruzada de liberación de la Iglesia–, una vez que se desató en la parte contraria la persecución religiosa, la «capitalizó» en beneficio de su propia causa, de modo que, con el desarrollo de los acontecimientos, evolucionó el planteamiento original, y así llegó a ser, efectivamente, un fenómeno bélico».

co también de carácter religioso». También insiste Guijarro en que es preciso desmentir el mito de que la persecución religiosa fue el resultado político de la toma de posición de la jerarquía de la Iglesia a favor de los sublevados: «Cuando los obispos españoles publican su carta colectiva a los obispos del mundo entero –escribe–, fechada el 1 de julio de 1937, ya ha tenido lugar la mayor parte del exterminio de la Iglesia en Madrid».

Los siguientes capítulos recogen uno a uno, caso a caso –con nombres y apellidos–, las tristes, terroríficas y, a veces, realmente macabras historias de las víctimas: religiosos, novicios o jóvenes recién profesos, estudiantes, religiosas ancianas y enfermas, sacerdotes hospitalizados, o coadjutores de parroquias de barrios de la periferia. La persecución religiosa, en principio anárquica, se va prolongando posteriormente, al menos en la ciudad de Madrid, incluso simultaneándose con la persecución ya más sistematizada que constituye el aparato de las checas, o bien confundiendo con él.

Los múltiples casos que Guijarro recoge ponen de manifiesto que la persecución a muerte no perdonó a personas manifiestamente católicas, de cualquier clase y condición que fueran: no sólo sacerdotes y religiosos, sino también obreros que son detenidos en su mismo trabajo, jóvenes aprendices, estudiantes, etcétera, sobre todo cuando se daba la circunstancia de una afiliación pública a alguna asociación confesional, entre las que cabe destacar los Sindicatos Católicos

Al final de su libro, el autor afirma que la persecución religiosa fue decreciendo paulatinamente por la premura de otras necesidades más urgentes: las divisiones internas entre los grupos políticos que habían formado el Frente Popular, la incapacidad militar de resistir el avance de las tropas contrarias, la dificultad cada vez mayor de allegar recursos de primera necesidad, y el cansancio y el desgaste que iba produciendo una guerra a la que se deseaba poner fin, cuanto más se veía que, ya, no iba a conducir a nada.

«Y así –concluye José Francisco Guijarro–, cuando al fin acabó la guerra, acabó, con ella, la persecución religiosa».

Este contundente trabajo de estudio e investigación, nos deja como resultado una obra de referencia ineludible para conocer más a fondo lo que ocurrió en aquella hora trágica de España.

Los otros santos

Si el autor de *Persecución religiosa y Guerra Civil* nos muestra con su libro una cara de la moneda, ni que decir tiene que, María Antonia Iglesias, autora de *Maestros de la República*, nos muestra la otra cara de la moneda.

Con tono provocador, muy suyo, Iglesias se pregunta: “¿Quién “canonizaría”, algún día, a estos otros santos que fueron los maestros republicanos y que nunca entrarán en el “santoral” ni en la memoria de la Iglesia? ¿Quién hablaría de ellos? ¿Quién les reconocería la labor generosa y ejemplar que llevaron a cabo con tanto esfuerzo y sacrificio?». Las respuestas se encuentran en el volumen que comentamos, un trabajo conmovedor, escrito con corazón y cabeza puestos de acuerdo, con la clara intención de ser un rendido homenaje a los maestros de la República, luchadores comprometidos contra el atraso y la incultura, que fueron asesinados por defender la causa más preciada de la República: la enseñanza.

La autora pone en marcha toda su roja pasión en la defensa de una causa que considera «justa y hermosa»: la de estos santos y mártires que soportaron la negra losa de la calumnia, y que pagaron con sus vidas la labor de llevar la luz, la libertad y la cultura a quienes sólo tenían como destino fatal la ignorancia y la sumisión.

La cifras cantan, y este libro sobrecogedor constata que, en nueve provincias de las que existen datos sistemáticos, fueron ejecutados en torno a 250 maestros. Y 54 institutos públicos de enseñanza secundaria creados por la República fueron cerrados. Por añadidura, en torno a un 25 por ciento de los maestros sufrieron algún tipo de represión y un 10 por ciento fueron inhabilitados de por vida. En Euskadi y Cataluña, todos los maestros de la enseñanza pública fueron dados de baja y tuvieron que solicitar su readmisión a través de un costoso proceso.

«Aquí se cuentan –escribe la autora en su prólogo– las vidas inocentes y heroicas de once maestros asesinados. Pero fueron cientos los ajusticiados y miles los represaliados por el franquismo». Once historias abrumadoras, ocurridas en distintos pueblos de España, de las que dan testimonio, con dolor y rebeldía, hijos, nietos, amigos y, sobre todo, antiguos alumnos de las víctimas. Todos ellos aceptaron abiertamente el reto propuesto por Iglesias:

hablar con ella acerca de la vida ejemplar y la muerte, alevosa y cruel, de los maestros republicanos que fueron, ante todo y sobre todo –según se recoge en estas páginas–, luchadores comprometidos, radicales combatientes contra el atraso, endémico, las más de las veces, de los pueblos en los que desempeñaron su labor. Porque no sólo enseñaban en la escuela a los alumnos, sino que enseñaban también a sus padres a cultivar los campos, a repoblar los montes, a curar a los animales enfermos y, muchas veces, a las personas. Aconsejaban en los pleitos, reconciliaban a los vecinos, redactaban los «papeles» con los que las gentes sencillas trataban de defender sus derechos ante la temida, lejana y todopoderosa Administración.

Para María Antonia Iglesias, fueron estos maestros republicanos, cuya historia cuenta, el colectivo más protegido, respetado y reconocido por parte de las autoridades de la República. «Y ellos –puntualiza– respondieron a ese reconocimiento con una lealtad sin fisuras, empapada de devoción hacia los valores de la libertad y el laicismo. Y esto fue lo que marcó su destino fatal... Porque durante el periodo de la República el maestro se convirtió en el referente social y político del pueblo». «Y el cura –añade– pasó a un segundo plano, refugiado en su feudo parroquial, soportando a duras penas la marginación, conspirando, esperando...».

La Iglesia, según la autora, jugó un papel fundamental en la represión y la depuración del magisterio. «Yo creo –pone en boca de uno de sus entrevistados– que básicamente por la función que los maestros de la República desempeñaron en la aplicación de la normativa sobre la supresión de la enseñanza religiosa cuando se apartó de las funciones educativas a las congregaciones religiosas. Por eso bastantes miembros del clero de la Iglesia católica tuvieron un claro protagonismo en la represión».

Este libro singular ha contado con el desinteresado apoyo de José María Maravall, Xosé Manuel Beiras, Santiago Carrillo, Luis Mateo Díez, Josep-Lluís Carod-Rovira, Manuel Vicent, Joaquín Leguina, Javier Cercas, Félix Grande, Almudena Grandes y Luis García Montero, autores de consistentes prólogos que abren cada una de las emocionantes y heroicas historias. En gran parte de estos sustanciosos textos destaca una idea común: para no repetir, es importante recordar. «Recordar para no repetir» es el lema. «El

lema implica concordia –escribe José María Maravall–, pero también exige no olvidar».

Reconocer a todas las víctimas

Las represiones en España antes, durante y después de la Guerra Civil de 1936 constituyeron uno de los grandes horrores del siglo XX. No puede haber verdadera justicia y dignidad sin reconocer a todas las víctimas en plan de igualdad, tanto las provocadas por las derechas como las provocadas por las izquierdas. En esta línea de búsqueda de reconciliación definitiva, el historiador Hugh Thomas sugirió recientemente crear un gran monumento conmemorativo en Madrid presentando todos los nombres de las víctimas de ambos bandos. Esto podría ser importante, y algo digno de una verdadera democracia.

Maestros de la República y Persecución religiosa y Guerra Civil, ambos trabajos, por separado, aparecen como intentos de repetir el mismo procedimiento del franquismo: reconocer solamente a los de un solo bando. Por eso es recomendable leerlos junto, ya que leer sólo uno de ellos puede confundir más que aclarar.

No podemos estar a estas alturas tirándonos los muertos de la guerra a la cara unos a otros, ni eligiendo del pasado lo peor del pasado. Me parecen disparatados los fanatismos ideológicos, que no reivindicán, precisamente, el sufrimiento o el heroísmo de las víctimas o de las personas que entregaron su vida por causas nobles. Hay que huir de todo fanatismo.

La violencia política fue el peor aspecto de la Guerra Civil y algo que todo el mundo puede estar de acuerdo en condenar. Pero el tema merece estudio e investigación y no meramente denuncias, y también hace falta mostrar ecuanimidad, mirando estos temas en todas sus dimensiones y no solamente denunciando uno de los bandos, porque ambos bandos cometieron enormes crímenes, tal y como recogen los libros que comentamos. Para comprender la violencia política en España es indispensable investigar, seguir investigando, sus orígenes y desarrollo, no para demonizar ni justificar a nadie, puesto que las atrocidades no son

justificables, sino para entender cómo fue. Esta tarea es la que tiene que realizar el historiador en su labor «revisionista», ya que, llevar a cabo una «revisión» es la función fundamental de toda investigación seria. 